

**COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**



ESTO NO ES UN PROGRAMA TIQQUN

Traducción de Javier Palacio Tauste



errata naturae

¡REDEFINICIÓN DE LA CONFLICTIVIDAD HISTÓRICA!

No creo que la gente normal piense que, a pequeña escala, exista el riesgo de una ruptura rápida y violenta con el Estado y de una guerra civil declarada. En todo caso, la idea que se abre paso es, para servirnos de una expresión periodística, la de una guerra civil larvada, la de una guerra civil de trincheras que arrebataría toda su legitimidad al Estado.

Terrorisme et démocratie, obra colectiva,
Éditions sociales, 1978

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *Ceci n'est pas un programme*

© La Fabrique-Éditions, 2009
© de la traducción, Javier Palacio Tauste, 2014
© Errata naturae editores, 2014
C/ Río Uruguay 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-74-9

DEPÓSITO LEGAL: M-9672-2014

CÓDIGO BIC: JP

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

De nuevo nos encontramos en un momento de experimentación a ciegas, prácticamente sin formularios previos. No se nos ha comunicado nada, lo cual podría acabar por resultar ventajoso. De nuevo la acción directa, la destrucción sin ambigüedades, la guerra sucia, el rechazo frente a cualquier mediación: a quienes no quieran entenderlo no les ofreceremos ninguna explicación. De nuevo el deseo, el plano de inmanencia¹ de todo aquello que

¹ El plano de inmanencia (o de composición) es un concepto propuesto por Gilles Deleuze, pudiéndose leer, por ejemplo, en *Mil mesetas*: «Tan sólo hay relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y de lentitud entre elementos no formados, al menos relativamente no formados, moléculas y partículas de todo tipo. Tan sólo hay haecceidades, afectos, individuaciones sin sujeto, que constituyen agenciamientos colectivos. Nada se desarrolla, pero tarde o temprano, suceden cosas, y forman tal o tal agenciamiento según sus composiciones de velocidad. Nada se subjetiva, pero se forman haecceidades según las composiciones de potencias o de afectos no subjetivados. Este plan, que sólo conoce longitudes y latitudes, velocidades y haecceidades, nosotros lo denominamos plano de inmanencia o de composición (por oposición al plan de organización y de

fuera reprimido durante muchas décadas de contrarrevolución. De nuevo todo eso, el Autonomismo, el punk, la orgía, el disturbio, pero bajo una luz inédita, más madura, reflexiva, liberada de los equívocos de lo novedoso.

A fuerza de arrogancia, de operaciones de la «policía internacional», de comunicados permanentes de victoria, un mundo que se vendía como el único posible, como corona de la civilización, se ha hecho al final violentamente odioso. El mundo que creía haber levantado un muro a su alrededor descubre el mal en sus entrañas, encarnado por sus hijos. El mundo que celebró un vulgar año nuevo como el paso a un nuevo milenio comienza a temer por sus próximos mil años de existencia. El mundo situado constantemente bajo el signo de la catástrofe ha descubierto a regañadientes que el hundimiento del «bloque socialista» no fue un augurio de triunfo, sino de la inevitabilidad de su propio hundimiento. El mundo que se hartó de fanfarrias anunciadoras del fin de la Historia, del éxito americano y del fracaso del comunismo habrá de pagar por su ligereza.

Ante tal coyuntura paradójica este mundo, es decir, su policía, se está construyendo un enemigo a su medida,

desarrollo)». Gilles Deleuze, *Mille plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, París, Les Éditions de Minuit, 1980. Trad. cast.: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1988 (Esta nota, como todas las demás salvo que se especifique lo contrario, es del traductor).

folclórico. Se habla entonces del Black Bloc, del «circo anarquista itinerante», de una extendida conspiración contra la civilización. Conviene recordar la Alemania expuesta por Von Salomon en *Los proscritos*², obsesionada por el fantasma de una organización secreta, la O. C., «que se extiende como una nube de gas» y a la que se le atribuye toda perturbación de una realidad volcada en la guerra civil. «La conciencia culpable intenta conjurar la fuerza que la amenaza. Crea un espantapájaros contra el cual puede echar pestes a discreción, creyendo así garantizar su seguridad», ¿no es eso?

Al margen de las elucubraciones habituales de la policía imperial, no se descubre ninguna legibilidad estratégica en los acontecimientos que suceden. No se descubre ninguna legibilidad estratégica en los acontecimientos que suceden porque ello supondría la configuración de algo común, de un mínimo común entre nosotros. Y eso, ese algo común, asusta a todo el mundo, hace recular al Bloom³, provoca sudores y estupor al trasladar la univocidad al centro de nuestras vidas en suspenso. En

² Ernst von Salomon, *Die Geächteten*, 1930. Trad. cast.: *Los proscritos*, Barcelona, Ediciones L. de Caralt, 1955.

³ Según Giorgio Agamben, el colectivo Tiqqun denomina «Bloom», término tomado del *Ulises* de James Joyce, «a los nuevos sujetos anónimos, a singularidades cualesquiera, vacías, dispuestas a todo, que pueden difundirse por todos lados pero permanecen inasibles, sin identidad pero reidentificables en cada momento». Giorgio Agamben, «Apostilla 2001» a *La comunità che viene*, Turín, Bollati Boringhieri, 2001. Trad. cast.: *La comunidad que viene*, Valencia, Pre-textos, 2006.

todas partes nos hemos acostumbrado a los contratos. Hemos huido de cuanto recordara a un *pacto*, porque un pacto no se puede rescindir; se respeta o se rompe. Y eso, en el fondo, es lo más difícil de entender: que de la positividad de algo común depende la fuerza de la negación, que nuestro modo de decir «yo» determina la potencia de nuestro modo de decir «no». A menudo uno se sorprende por la pérdida de cualquier forma de transmisión histórica, por el hecho de que desde hace unos cincuenta años ningún «padre» sea ya capaz de explicarle su vida a «sus» hijos, de configurar un relato que no sea mera discontinuidad trufada de anécdotas insignificantes. Lo que en realidad se ha perdido es la capacidad de establecer una relación comunicable entre nuestra historia y la Historia. En el fondo, subyace la creencia de que renunciando a toda existencia *singular*, de que abdicando de todo destino, se gana un poco de paz. Los Bloom creían que bastaba con desertar del campo de batalla para que cesara la guerra. Pero no ha sido así. La guerra no ha cesado, y aquellos que se negaron a emprenderla únicamente han ganado el descubrirse actualmente un poco más desarmados, un poco más *desfigurados* que los demás. El enorme magma del resentimiento que bulle hoy en las entrañas de los Bloom, con la forma del deseo nunca satisfecho de ver rodar cabezas, de encontrar culpables, de obtener cierto arrepentimiento general por la historia pasada, procede de ahí. Necesitamos una redefinición de la conflictividad histórica, y no de un modo intelectual, sino de manera vital.

Digo *redefinición* porque ya contamos con una definición de la conflictividad histórica, a la cual se remitía todo destino durante la época preimperial: *la lucha de clases*. Esa definición ha dejado hoy de resultar operativa. Sólo sirve como condena a la impotencia, a la mala fe y a la palabrería. Ninguna guerra puede ya librarse, ninguna vida vivirse, ceñidos por ese corsé de otro tiempo. Para seguir luchando ahora es preciso desembarazarse del concepto de clase, y junto a éste de su cortejo de certificados de origen, de sociologismos tranquilizadores, de prótesis identitarias. El concepto de clase, en el presente, sólo sirve para administrar el pequeño baño de neurosis, de separación, el proceso continuo que se hace evidente tan lánguidamente, en todos los ámbitos y desde hace tantos años en Francia. La conflictividad histórica ya no enfrenta a dos grandes bandos molares, a dos clases, los explotados y los explotadores, los dominadores y los dominados, los dirigentes y los trabajadores, entre los cuales, en cada caso concreto, resultaría posible elegir. La línea del frente ha dejado de pasar justo por en medio de la sociedad, y desde ahora ha de pasar justo por en medio de cada uno, ha de pasar separando aquello que convierte a uno en *ciudadano*, con sus predicados, los de los otros. Del mismo modo, se está librando *en todos los medios* una guerra entre la socialización imperial y aquello que ya ahora comienza a írseles de las manos. Un proceso revolucionario puede desencadenarse en cualquier punto del tejido biopolítico,

a partir de cualquier situación singular que produzca la ruptura de la línea de fuga que lo atraviesa. En la medida en que se producen tales procesos, tales rupturas, aparece un plano de inmanencia común, el de la subversión antiimperialista. «La generalidad de la lucha se constituye por el propio sistema de poder, por las formas de ejercicio y aplicación del poder». A ese plano de inmanencia lo hemos denominado Partido Imaginario, para que ya el mismo nombre exponga el artificio de su representación nominal y, *a fortiori*, política. Como cualquier plano de inmanencia el Partido Imaginario está a la vez ya aquí y en construcción. Construir el Partido, desde este momento, no significa construir una organización total en cuyo seno quedaría en suspenso cualquier diferencia ética en beneficio de la lucha; construir el Partido, desde este momento, significa *establecer formas-de-vida a partir de sus diferencias, intensificar, hacer más complejas las relaciones entre ellas, elaborar lo más refinadamente posible la guerra civil entre nosotros*. Porque la trampa más temible del Imperio consiste en amalgamar en un gran espantapájaros —el de la «barbarie», las «sectas», el «terrorismo» e, incluso, los «extremismos enfrentados»— todo aquello que se opone a él, centralizando la lucha de los que se le oponen para no dejar jamás que se distingan las facciones conservadoras del Partido Imaginario —militantes libertarios, anarquistas de derechas, fascistas insurrectos, jihadistas *qotbistas*, partidarios de la cultura rural— con sus facciones revolucionario-experimentales. Construir el Partido ya no se plantea, pues, en términos de organización, sino en términos

de *circulación*. Es decir, que si existe todavía un «problema de organización» es el de organizar la circulación en el seno del Partido. Pues únicamente la intensificación y preparación de nuestro encuentro pueden ayudar al proceso de polarización ética, a la construcción del Partido.

Es cierto que la pasión por la Historia es, en general, propia de unos cuerpos incapaces de *vivir* el presente. Sin embargo, no me parece fuera de lugar volver sobre las aporías del ciclo de lucha iniciado a comienzos de la década de 1970, ahora que se inicia otro. En las páginas siguientes surgirán numerosas referencias a la Italia de la década de los setenta; la elección no es arbitraria. Si no temiera extenderme, podría demostrar fácilmente que lo que entonces estaba en juego, del modo más rotundo y brutal, sigue estándolo hoy en gran medida, aunque en condiciones momentáneamente menos extremas. Guattari escribía en 1978: «En vez de considerar Italia como un caso aparte, vinculante pero no por ello menos raro, ¿no deberíamos reflexionar sobre las otras situaciones sociales, políticas y económicas, más estables en apariencia, propias de un poder estatal más consolidado, mediante el análisis de las tensiones que operan actualmente en ese país?». La Italia de los años setenta supone aún, en todos sus aspectos, la época de insurrección más cercana a nosotros. Es de ella de la que debemos partir, no para relatar la historia de un movimiento pretérito, sino para afilar las armas de la guerra en curso.

Nosotros, que provisionalmente operamos en Francia, no tenemos una existencia plácida. Sería absurdo negar que las condiciones en las que llevamos a cabo nuestra labor tienen un determinado carácter, e incluso asquerosamente determinado. Más allá del fanático aislamiento impreso en los cuerpos mediante la educación soberana del Estado que convierte *la escuela* en inconfesable utopía fijada en todos los cerebros franceses, existe esa desconfianza, esa pegajosa desconfianza en relación a la vida, en relación a cuanto existe *sin necesidad de excusas*. Y también un repliegue en relación al mundo—en el arte, en la filosofía, en la buena cocina, en la propia casa, en la espiritualidad o en la crítica— como línea de fuga exclusiva e impracticable de la que se alimentan los flujos en crecimiento de mortificación local. Repliegue umbilical que apela a la omnipresencia del Estado

francés, ese amo despótico que parece que gobernará aquí hasta que encuentre alguna oposición, de ahora en adelante, de carácter «ciudadano». Así le va al gran pasacalle de dubitativos, tullidos y *torcidos* cerebros franceses, que no acaban nunca de mirar fuera de sí mismos, y a cada segundo se encuentran más amenazados por cuanto se acerca algo que podría sacarles de su complaciente miseria.

En casi en todas partes los cuerpos debilitados disponen de algún icono histórico del resentimiento al cual aferrarse, algún orgulloso movimiento fascistoide que ha empuñado con inmejorable estilo el emblema reaccionario. Eso no ocurre en Francia. El conservadurismo francés jamás ha tenido estilo. Y jamás lo ha tenido porque es un conservadurismo burgués, un conservadurismo *estomacal*. Que haya alcanzado, a la fuerza, cierto nivel de reflexividad enfermiza no altera el asunto. No es el amor a un mundo en vías de extinción lo que lo anima, sino el terror a la experimentación, a la vida, a la experimentación-vida. Este conservadurismo, en tanto que sustrato ético de los cuerpos específicamente franceses, hace primar cualquier posición política, cualquier tipo de *discurso*. Es éste el que establece la continuidad existencial, tan secreta como evidente, que garantiza la pertenencia de un Bové¹, del burgués del distrito XVII de París, del

¹ José Bové, sindicalista y figura destacada del movimiento antiglobalización, fue candidato a la presidencia de la República francesa en 2007.

chupatintas de la *Encyclopédie des Nuisances*² y del notable de provincias al *mismo partido*. Poco importa, por otra parte, que tales cuerpos logren contagiar o no su prudencia en relación al orden existente; ya se entiende que es la misma pasión por los orígenes, por los árboles, por las pocilgas y por los pueblos la que hoy lanza sus proclamas contra la especulación financiera mundial, y que mañana reprimirá el menor movimiento de verdadera desterritorialización revolucionaria. En todas partes el mismo hedor a mierda exhalado por bocas tan sólo capaces de hablar en nombre del estómago. Ciertamente, Francia no sería la patria de la ciudadanía mundial —cabe temer que en un futuro cercano *Le Monde diplomatique* se traduzca a más idiomas que *El Capital*—, el epicentro ridículo de una insurgencia fóbica que pretende desafiar a los Mercados en nombre del *Estado*, si no se hubiera llegado a ese punto impermeable, a todo eso de lo que somos políticamente contemporáneos, y en especial a la Italia de los años setenta. De París a Porto Alegre, el capricho bloomescio de apartarse del mundo histórico dará fe, a partir de ahora, en cada país, de la expansión mundial de ATTAC³.

² La *Encyclopédie des Nuisances* (en castellano, Enciclopedia de Nocividades), revista cercana al postsituacionismo convertida en editorial a partir de 1991, publica textos sobre cuestiones sociales y los perjuicios asociados al industrialismo.

³ ATTAC (Asociación por la Tasación de las Transacciones Financieras y por la Acción Ciudadana), movimiento fundado en Francia en 1998, promueve el control democrático de los mercados financieros.